

PRESENTACIÓN

PRESENTATION

Jesús Casquete
UPV/EHU

En el espacio político de una sociedad democrática, indefectiblemente nutrido por corrientes e ideologías encontradas y en concurrencia por el favor del pueblo, los símbolos hacen referencia a todos aquellos objetos, actos, acontecimientos, personas, lugares, relaciones o cualquier otro elemento susceptible de sugerir o evocar un proyecto de organización de la sociedad. Lo habitual es que comunidades políticas con fundamentos identitarios compartidos gocen de un amplio consenso acerca de ese mínimo común denominador simbólico que integran el himno, la bandera y la festividad oficial. Ese consenso se traduce en que dichos símbolos estimulan una cierta unanimidad interpretativa en la población, haciendo así las veces de marcadores de la identidad colectiva e induciendo un proceso de integración *ad intra* tanto como de diferenciación *ad extra*. En otros términos, sirven para delimitar el «nosotros» del «ellos».

El problema aflora tan pronto como en el seno de una comunidad conviven identidades enfrentadas que, sin embargo, y siempre en un marco democrático, están llamadas a la convivencia y a grados variables de compromiso. En estos marcos la política discurre a golpe de leyes y decretos, de debates en la esfera pública y en las instancias representativas, de comicios electorales y de movilizaciones sociales. En suma, la actividad política se despliega en toda su normalidad. La diferencia es que en ellas, de forma subyacente, se practica también a golpe de símbolos. Sin el acceso a su código interpretativo, la política resulta indescifrable.

El caso de Navarra ilustra este extremo. Su ejemplo resulta paradigmático acerca del peso que los símbolos adquieren en la contienda política. En ese terreno se dirimen de forma solapada las diferentes concepciones sobre la organización de la comunidad política o, mejor, sobre las

bases identitarias sobre las que ésta ha de erigirse. Por muy en segundo plano que figuren en el día a día, por muy invisibles que a primera vista puedan parecer, los símbolos son la brújula para orientarse en el bosque de los proyectos de organización del todo social que concurren en Navarra. Sin el acceso a sus claves, los discursos, las declaraciones y entrevistas a medios de comunicación, los programas de partido, las leyes emanadas de las instancias representativas (parlamento, ayuntamientos, etc.) y todo aquello que conforma la praxis política resultan ininteligible a ojos no avisados.

Ocurre, sin embargo, que en esa función de condensación de ideologías que desempeñan los símbolos acostumbra a perderse información en el camino. O que el destilado se interpreta de forma irreconciliable por las diferentes culturas políticas en liza, vale decir, por las diferentes lealtades identitarias presentes en suelo foral, resumidas en quienes anhelan fundirse en un *demos* junto con la Comunidad Autónoma de Euskadi, y quienes entienden a Navarra como una comunidad singular, bien que en el marco indisoluble de España. Los símbolos simplifican la comunicación, pero ello no implica que el atajo tomado por las diferentes subcomunidades nacionales haya sido el mismo, ni que significados ni significantes coincidan entre, digamos, carlistas y nacionalistas vascos radicales. La polisemia de los símbolos, su carácter abierto a la interpretación, es un rasgo acompañante en contextos identitarios densos y complejos, y Navarra resulta a este respecto un caso bien ilustrativo.

Los trabajos recogidos a continuación son un magnífico exponente de la batalla simbólica abierta en Navarra con particular intensidad durante las últimas décadas pero que, tal y como dejan traslucir algunos de sus autores, se remontan en los anales de la historia. Vienen firmados por algunos de los más brillantes exponentes de la historiografía navarra del momento, y tienen su origen en un seminario organizado en 2011 en la Universidad del País Vasco en Leioa por el Grupo de Investigación de la UPV/EHU «El nacionalismo vasco en perspectiva comparada», dirigido por Santiago de Pablo.

Se trata de cuatro ensayos bajo el prisma del estudio de símbolos de alta relevancia social y política en Navarra durante los dos últimos siglos. Todos ellos nos hablan de la ductilidad de los símbolos, donde no ha lugar a atribuciones unívocas porque cada cultura política en liza (nacionalistas vascos, carlistas, regionalistas navarros de diferente color, izquierdas) se configura como una comunidad mnemónica y de sentido con claves de lectura de la historia diferentes y, a menudo radicalmente enfrentadas. En

este paisaje, un mismo símbolo puede (y de hecho así ocurre) ser utilizada simultáneamente por una ideología y por su contraria, servir para un proyecto político y para su adversario.

El trabajo que abre el bloque lo firma Juan María Sánchez Prieto. Descansando en los trabajos del antropólogo Victor Turner, en «La construcción simbólica de los Fueros en Navarra» aborda lo que considera la clave simbólica de la identidad navarra: sus Fueros, así como lo que constituye su eje, el pacto foral. Transitando por los principales jalones constructivos en la historia cultural y política contemporáneas de Navarra (cuyas estaciones son la primera guerra carlista, la crisis foral de 1876, la Gamazada, el conflicto de nacionalismos en el primer tercio del siglo XX y el contencioso Navarra-Euskadi durante la Transición a la democracia), el autor defiende que el simbolismo de los Fueros potenció en Navarra el discurso político sobre los mismos y reforzó las instituciones forales. *El* discurso, que no *un* discurso, puesto que la recepción de los Fueros «como signo de reconocimiento» es bien distinta en esas «mitades opuestas, pero complementarias» que en síntesis conforman las dos grandes obediencias identitarias de la ciudadanía navarra en la actualidad: la vasca y la española.

Otro ejemplo de la maleabilidad de los símbolos hasta su misma pervisión a la luz de nuestro estado de conocimiento actual lo ofrece el euskera. A caballo entre la filología y la historiografía, y con la mirada larga al pasado, Xabier Zabaltza ilustra en su ensayo «De la *lingua Navarrorum* al Estado Vasco» el modo en que uno de los idiomas de los navarros ha sido y es estirado a conveniencia para satisfacer las visiones retrospectivas del pasado y legitimar así los posicionamientos presentes de las dos grandes culturas políticas hoy en Navarra: navarristas y abertzales. Ambas recurren al euskera como arma arrojada: los primeros para minimizar la presencia del idioma vascongado en los límites de lo que a lo largo de la historia ha sido Navarra; los segundos para ensanchar esos mismos confines. Ambas mezclan deseos con realidades o, por decirlo con Maquiavelo, confunden la verdad real de la cosa con la representación imaginaria de la misma. Porque cualquiera que sea su grado de implantación actual en Navarra (y, podríamos añadir, en Euskadi), «no hay necesidad de buscar “enemigos” del euskera fuera de Navarra» para explicar la progresiva castellanización de la comunidad, si bien «los factores externos pudieron coadyuvar en los últimos siglos». Y, si de buscar «enemigos» del euskera se trata, prosigue el autor, habría que encontrarlos en las elites locales y no tanto en la opresión «nacional».

Los dos trabajos siguientes constituyen pruebas adicionales de que lo contestado de sus símbolos no siempre es una opción, sino un destino fraguado históricamente con el que los habitantes de la comunidad foral han de forjar la integración de su sociedad. Se trata, en ambos casos, de símbolos más aprehensibles e inmediatos que en los casos anteriores. María del Mar Larraza y Álvaro Baraibar, por un lado, trazan en su ensayo titulado «La bandera de Navarra (1910-1937). Un símbolo plural» la historia de uno de los símbolos por excelencia de toda comunidad política, la bandera. El año del diseño y sanción oficial de la enseña, 1910, coincide con el tiempo en que los hermanos Arana diseñaron la ikurriña, en que vio la luz la *senyera* o cuando Theodor Herzl se refirió en *El estado judío* a la necesidad de contar con una bandera para guiar al movimiento sionista. Cuando documentan la invención y posterior difusión de la enseña navarra a lo largo del cuarto de siglo comprendido entre 1910 y la Guerra Civil, los autores insisten en su «carácter simbólico plural», lo que aquí hemos referido como polisemia del símbolo según comunidad interpretativa. La enseña con las cadenas en fondo rojo lo mismo colgaba del palacio de la Diputación que del Centro Vasco de Pamplona y otras sedes sociales vinculadas al Partido Nacionalista Vasco. Claro que no significaba lo mismo para unos que para otros.

La montaña de Montejurra, en las inmediaciones de Estella, es el último símbolo o lugar de memoria de la relación que presentamos en esta sección. Al igual que era el caso del trabajo de Sánchez Prieto, el enfoque constructor de los símbolos queda de manifiesto ya desde la misma elección del título: «Montejurra, la construcción de un símbolo». Según su autor, Francisco Javier Caspistegui, Montejurra ha venido indisolublemente ligada al carlismo al menos desde 1835, cuando cobró cierta relevancia en los enfrentamientos armados con los liberales que allí tuvieron lugar. Desde entonces la «montaña sagrada de la Tradición» quedó grabada en el imaginario carlista, bien que no de forma exclusiva. En tanto que el movimiento tradicionalista ha asociado desde entonces la montaña con épicas pretéritas, sin obviar los resabios ruralistas asociados a su cosmovisión, la otra corriente históricamente enfrentada con el carlismo, el liberalismo, ha recurrido a Montejurra como elemento negativo o incorporándolo al arsenal heroico de su ejército. Por último, y como prueba adicional de lo que Caspistegui denomina «plasticidad de lo simbólico», más recientemente Montejurra ha sufrido un intento de vampirización por parte del nacionalismo radical vasco, en una muestra más de que los símbolos admiten multitud de requeiebros cuando de lo que se trata es de apro-

piarse de un capital simbólico que hunde sus raíces en la historia, pero que cumple importantes cometidos en el presente.

Los textos recogidos en esta sección constituyen una buena muestra de la relevancia de la política simbólica en contextos identitarios complejos y conflictivos, de las batallas desencadenadas en torno a los símbolos allí donde confluyen diferentes lecturas del pasado y proyectos de organización social de cara al futuro. Todo ello tomando como a Navarra como referente inmediato.